
–Una aproximación espiritual al Kyrie VIII–

Ad te levavi

CuadMon 150
(2004) 337 - 345

El canto gregoriano fue y será siempre un canto *para todos*, porque su misión en el mundo es la de llevarnos a lo Esencial.

Si lo analizamos rápidamente diremos que tiene principalmente estas características: es canto a una sola voz, de ritmo libre, de tonalidad diatónica (en ocho tonos básicos) que de por sí no necesita acompañamiento musical.

Cuando los cantores o la comunidad desean cantarlo, al menos en sus piezas más asequibles, experimentan muy pronto una transformación, un cambio en la sensibilidad espiritual hacia las cosas santas. Aún hoy sigue teniendo un sentido muy notable en la celebración cristiana, llevando las almas hacia la contemplación e incluso vuelve a ser apreciado fuera de la celebración, por sus valores culturales y sus cualidades serenantes. Pero no cabe duda de que es dentro de la celebración litúrgica de una comunidad eclesial donde alcanza su más pleno significado, pues allí toca el misterio frente a cuyo estupor ha nacido.

Como veremos enseguida, el canto gregoriano es el resultado de una síntesis entre diferentes repertorios antiguos del Occidente cristiano. Pero aunque es occidental en su formación tiende a lo universal a causa de la plenitud del ser a la que se dirige; es decir, *este canto tiene que ver con cualquier hombre que busque expresar una relación con la eternidad*.

¹ Monja benedictina del Monasterio Nuestra Señora del Paraná (Pcia. de Entre Ríos, Argentina).

Breves referencias históricas

A modo de vistazo histórico tendríamos que remontarnos a poco antes de la época carolingia, cuando la variedad de repertorios en los cantos sagrados era amplísima. Se trataba de una diversidad de costumbres musicales que sin embargo no tenía nada de anormal, pues respondía a la variedad de usos litúrgicos de los diferentes lugares y sensibilidades.

Ni siquiera San Gregorio, cuyo nombre amparará el futuro desarrollo y de quien se conoce su interés por el tema litúrgico y sus consecuencias musicales –dos aspectos que son inseparables– demuestra alguna inquietud por esta diversidad cuando en el año 597 dice a su misionero Agustín de Cantorbery: *Recoge todo lo mejor que encuentres y de eso quédate con lo mejor.*

Cuando Pipino el Breve y Carlomagno deciden, por medio de una medida de autoridad, crear una unidad litúrgica y musical para todo el imperio, esto significa una verdadera ruptura de todas aquellas tradiciones y usos muy arraigados. Incluso el Papa Adriano, a quien Pipino consulta para proveerse de los libros según los usos litúrgicos romanos, no puede satisfacer su pedido, en primer lugar porque tales libros no existían, y en segundo lugar porque comprende muy bien las consecuencias que se derivarían de esto. La tardanza en dar su respuesta muestra sin duda su desconcierto y embarazo...

La insistencia de Pipino y Carlomagno sobre la necesidad de unificar los usos litúrgicos según el modelo romano se debía a razones de política interior: una cosa era conquistar, hacer caer las fronteras, y otra muy distinta constituir una entidad política estable y profunda.

Podríamos decir que el genio de Pipino consistió en comprender los límites de una política basada en la fuerza. Puesto que ninguna entidad puede descansar sobre la espada, se necesitaba que la memoria repetitiva y colectiva de los hombres aportara el principio de una unidad verdadera. El principio era éste: *no habrá imperio hasta que no exista un cristianismo expresado en una comunión de gestos y de cantos*: de ahí la reforma litúrgica. Tal vez uno de los logros políticos más grandes de Carlomagno haya sido precisamente éste de dotar a los habitantes del imperio de una memoria colectiva común.

Pero si bien la intención y objetivo era la de sustituir los usos galicanos (con muchos elementos simbólicos y estilísticos propios de la cultura céltica) por los romanos, más austeros, pero que ya gozaban del mismo prestigio de la ciudad eterna, la realidad no fue tan así, porque los cantores galicanos no quisieron cambiar de memoria musical.

A causa de esto se produjeron muchos desórdenes en los que tuvo que intervenir la legislación imperial, cuestión que se equilibró con la aparición de un repertorio nuevo, donde se conservaron algunas piezas galicanas y se remodelaron otras romanas dándoles un estilo más adornado y mejor adaptado al gusto galicano: ¡éste es nuestro canto gregoriano!

Es decir, el canto gregoriano surge en una tierra abierta a numerosas influencias culturales, por lo cual ya en el siglo VIII está fuertemente arraigado. Los celtas, que luego se llamaron galicanos, se distinguían por un gran refinamiento artístico y se abrieron a la latinidad de modo notorio. Podríamos datar la formación de este nuevo repertorio entre los años 754 y 830 aproximadamente. De su difusión se encargaron en gran medida las órdenes monásticas, con sus grandes esfuerzos de evangelización. Junto con los evangelizadores partió también este nuevo canto, que se extendió rápidamente.

El Kyrie eleison

Como el canto gregoriano es ante todo un comentario de la Sagrada Escritura, para comprenderlo mejor es importante situarlo en su contexto bíblico y litúrgico. Y como está íntimamente ligado a la experiencia espiritual, quien mejor lo acoge e interpreta no es el que logra una perfección técnica sin fisuras, sino aquél que ha gustado interiormente el texto sagrado. Conviene tener esto en cuenta al disponerse a abordarlo, pues el compositor sagrado ha penetrado primero en la revelación de Dios y de esta contemplación brotó la música. *Nosotros debemos seguir el mismo camino.*

Ingresando ya en el tema de nuestro interés, “*Kyrie*”, es el vocativo de la palabra griega *Kyrios* que significa *Señor* y en el NT se aplica sobre todo a Cristo Jesús. En nuestra liturgia se designan así las invocaciones del rito de entrada de la Misa:

Kyrie eléison – Christe eléison – Kyrie eléison.

Al principio estas invocaciones eran la respuesta a la oración de los fieles, como lo atestigua la peregrina Egeria a fines del siglo IV, y en el siglo siguiente ya se usaba en los ritos iniciales.

En el siglo VI ya no se intercalaban las frases de invocación sino que se decía sólo la respuesta o aclamación. El número de las

aclamaciones fue variando hasta que se estabilizó en tres *Kyries*, tres *Christes*, y de nuevo tres *Kyries*, a los cuales si bien se dio una interpretación trinitaria, desde el principio tuvieron un fuerte sentido cristológico. De hecho, también es frecuente, como en el *Kyrie de angelis*, la repetición doble y no triple de los *Kyries* y *Christes*.

El *Kyrie* no tiene tanto un tono penitencial –aunque muchas veces se use así– sino de aclamación a Cristo como Rey y Mesías.

“Es un canto con el que los fieles aclaman al Señor y piden su misericordia” (*Institutio Generalis Missalis Romani*).

Kyrie de angelis

El caso particular del *Kyrie VIII* no ignora esta dinámica, a pesar de que, por aparecer tardíamente (s. XV-XVI) frecuentemente se le ha negado prestigio y no siempre ha gozado de aprecio entre los entendidos. No así entre los pequeños y los simples, a cuya memoria musical y espiritual la belleza tiene libre acceso. En las asambleas cristianas esta melodía se ganó enseguida el corazón de los fieles, sin necesidad de pagar ningún impuesto de antigüedad. Tanto fue así que se le adjudicó el apelativo “*de angelis*”: los seres puros y espirituales por excelencia.

Bien merecido lo tiene, pues es una melodía que lleva consigo una invitación a hacer experiencia de lo sublime. En este clima de elevación el *Kyrie VIII* nos sitúa de entrada en el espíritu del Salmo 122: “*A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo*”. Con esta plegaria interior intentaremos adentrarnos en su mensaje.

Los ángeles, que son nuestros guías para la ascensión eterna, hacen lo mismo con nuestro ser desde las primeras notas de este brillante modo V, una de las ocho modalidades tonales en que se expresa el canto gregoriano.

Los cantores y los oyentes notarán enseguida que se produce un cambio sereno y a la vez instantáneo: comenzando en el *fa* grave nos encontramos casi sin darnos cuenta subiendo, siendo llevados hasta la cima de un *fa* agudo, ascensión que el *si bemol* viste de especial hermosura y que nos remite a la acción angélica incesante: de la tierra al cielo y del cielo a la tierra. Es la escala que Jacob vio en sueños y que representaba precisamente este ir y venir de los ángeles, señalando el nexo innegable de lo terreno con lo celestial. Es un subir liviano –¡porque vamos en buena compañía!– lleno de gozo, para –luego de haber tocado las alturas– reposar otra vez en el mismo lugar (el *fa* grave) del que partimos. Si prestamos atención notaremos fácilmente esta significación: sobre la palabra *Kyrie* la

ascensión, sobre la palabra *eléison* el regreso a la tierra. Porque *el cielo pertenece al Señor y la tierra se la ha dado a los hombres*. Y nosotros, que somos imagen del hombre terreno somos llamados a ser imagen del hombre celestial, Cristo Señor. Con este fin decimos “ten piedad”, es decir, *eléison*, “ten misericordia de los que anhelando altísimos bienes nos encontramos aún en medio del combate de la fe”.

Si como acabamos de ver más arriba, el canto gregoriano reúne en sí mismo siglos de experiencia musical y de distintas sensibilidades artísticas de numerosos pueblos, (es decir, desde el principio es un arte de síntesis de espacios y tiempos) veremos que aún hoy sigue siendo así. Pues quien lo canta desde sus dos aspectos esenciales (interiorización del texto y expresión sonora de su mensaje) experimentará sin duda una dilatación, esto es fruto de tantos siglos de vivir con Cristo.

Sabemos que mientras cantamos le ofrecemos a Dios lo mismo que hemos recibido de El por la Revelación, con el sabor propio y el de todos los que nos han precedido en esta misma ascensión. Pero ¿por qué esta melodía logra conmover las fibras interiores aún de quienes conservan algún prejuicio hacia ella? Porque no hay realidad más *popular*, es decir, de todos y para todos, que el deseo de felicidad. Y la fe nos enseña que es en la visión de Dios donde se colman todos los deseos más profundos de la persona. Por eso todo lo que nos acerca a la visión de Dios nos comunica su plenitud; este primer *Kyrie* lo realiza. Nos hace partir de la gravedad de la tierra y volver a ella, pero mostrándonos aquello a lo que estamos llamados: las alturas.

Porque toda la vida pide la eternidad y el *Christe* central retomará la misma subida y reposo pero con la impronta propia de otra expresión. Otra vez la misma subida desde el *fa* grave hasta el *fa* agudo, recorriendo un camino conocido pero que necesita ser reiterado. Aquí se hace manifiesto que el canto gregoriano es realmente una oración cantada. El contemplativo es amigo de la repetición, de saborear siempre, una y otra vez, las mismas cosas; en este caso, es necesario volver a considerar con el corazón y con la voz el señorío de Jesucristo sobre todo. Por eso se nos presenta el mismo tema melódico para decir que ese Señor en quien fijamos los ojos es el Ungido del Padre. Hacia ti elevo mis ojos: *Christe*.

El tercer cuerpo, para exclamar otra vez *Kyrie eléison*, omite la ascensión, nos ahorra la fatiga y nos coloca con un golpe de gracia directamente en la cima del *fa* agudo. *El ángel* –dice el *Apocalipsis*– *me transportó en éxtasis a un monte altísimo y me enseñó la Ciudad Santa*. ¿Qué sucedió? Que el ansia, el afán, la preocupación de la vida, como contiene una llamada a una plenitud sin fin, pertenece no a nosotros sino a Otro. Un *Señor*

que a veces considera oportuno mostrarnos, como en la Transfiguración, un anticipo de nuestro destino. Por esta razón este tercer cuerpo melódico *parte* esta vez del *fa* agudo que antes habíamos logrado recorriendo un camino. Nos es dado gustar las cumbres gratuitamente. El Espíritu nos arrebató y nos muestra una primicia de Gloria. Allí arriba la melodía danza con libertad para luego volver al reposo del *fa* inicial.

Habiendo gustado cuán suave es el Señor, al regresar a nuestros afanes ya no somos los mismos, nos acompaña la gloria que contemplamos. El “ten piedad”, *eléison*, que marca por última vez el regreso a lo grave, evoca no a los apóstoles que bajaban del Tabor sin comprender la visión, sino la certeza absoluta que abrigaron después de la Ascensión: El Señor ha resucitado verdaderamente. El retorno a los afanes después de haber orado con esta melodía, es el retorno a la misión con el gozo interior de la Pascua. Se hace aquí patente que en la Resurrección de Cristo, como canta este *Kyrie VIII*, se alegran el cielo y la tierra.

Contexto en la liturgia

Como sabemos, según las inflexiones de la voz, un lector puede dar distintos significados al mismo texto. Sucede esto igualmente en el canto gregoriano, el cual está en estrecha relación con el puesto que ocupa dentro de la liturgia. En nuestro caso será muy interesante y enriquecedor analizar personalmente las diferentes formas que la Iglesia propone para el acto penitencial en donde se ubican los *Kyries*.

Estas aclamaciones a la primacía de Jesucristo responden a unas invocaciones variadas y riquísimas según el tiempo litúrgico. Citaremos sólo algunas pero invitamos a considerar todas las que propone el Misal. En el tiempo ordinario podemos encontrar expresiones tales como:

Tú que eres el camino que conduce al Padre... Kyrie eléison
Tú que eres la verdad que ilumina a los pueblos... Christe eléison
Tú que eres la vida que renueva al mundo... Kyrie eléison

O bien para el Adviento:

Luz del mundo que vienes a iluminar a los que viven en las tinieblas del pecado...
Kyrie eléison
Buen Pastor que vienes a guiar a tu rebaño por las sendas de la verdad

y la justicia... Christe eléison
Hijo de Dios que volverás un día para dar cumplimiento a las promesas
del Padre... Kyrie eléison

Para la Cuaresma, entre otros:

Tú que borras nuestras culpas... Kyrie eléison
Tú que creas en nosotros un corazón puro... Christe eléison
Tú que nos devuelves la alegría de la salvación... Kyrie eléison

O bien, por ejemplo, en el tiempo pascual:

Tú el Primogénito de entre los muertos... Kyrie eléison
Tú el vencedor del pecado y de la muerte... Christe eléison
Tú la resurrección y la vida... Kyrie eléison

Por citar sólo unos pocos ejemplos. Todas invocaciones que dicen quién es Jesús, siempre expresiones que describen la identidad de nuestro Salvador. Como vemos claramente, nunca se trata de una enumeración de pecados. Ellos existen, el Señor los conoce y los hemos reconocido en la pausa de silencio, pero nuestra mirada no se queda en nuestra miseria sino que es elevada hacia el Único inocente, por eso lo aclamamos con nuestras voces llamándolo Cristo y Señor. El *Kyrie* es siempre un elevar la mirada a la grandeza infinita de la Misericordia divina: *a ti elevo mi alma*. Nunca podríamos sumergirnos en el inmenso misterio de la Eucaristía sin este desprendimiento, sin esta reubicación de perspectiva: mirar hacia nosotros mismos nos estanca y abate, mirarlo a El nos da la dimensión verdadera de todo, incluidos nuestros pecados.

Sería bello y conveniente hacer una nueva reflexión, para no reducir este umbral de la Misa a una limitada –¡a veces tan reducida y desesperanzada!– consideración de nuestras flaquezas, cuando en realidad la Iglesia nos propone, con admirables expresiones de animadora confianza, mirar a lo alto, a Cristo.

Como decíamos, el lugar que un canto ocupa en la liturgia es la clave para su comprensión, por eso invitamos, a quienes ya aprecian y cultivan estas melodías en sus celebraciones, a abordar con el mismo espíritu el himno *Gloria in excelsis*, (que comparte el mismo modo V), y también el *Sanctus* y el *Agnus Dei* de esta Misa *de angelis*. El *Kyrie*, en el umbral, está no para impedir el paso sino para alentar al hombre a entrar, a ir mar adentro en el misterio eucarístico.

Una comunidad cristiana que desea descubrir las riquezas escondidas en este canto sagrado y pone todo su empeño por gustarlo, dejándose penetrar por su mensaje salvador, está diciendo de la forma más bella que desea la paz y la vida. ¿Quién no sabe que el deseo del corazón humano vive solamente cuando está tenso hacia lo infinito y lo eterno? ¡El gregoriano sigue conquistando las almas porque coincide con el deseo más hondo del corazón!

El hombre, aún deseándolo, no es capaz de comprender la eternidad y el infinito, pero puede hacer la experiencia del impacto con la *gratuidad*. La gratuidad, en la experiencia humana, es como el reflejo instantáneo de lo eterno y de lo infinito. Los melismas que se prolongan como el balbuceo de un niño (y que algunos han identificado sin ambages con los gemidos del Espíritu) nos acercan la experiencia de *lo absolutamente gratuito*. Nosotros, hombres de una época habituada a la compra-venta, estamos también llamados a dejarnos conmover por los textos y músicas que han recorrido las edades, para tocar la gratuidad absoluta de Dios, origen de nuestra existencia. Cultivar este canto, dejar al Espíritu que nos hable por él, es dar gratis lo que gratis hemos recibido. *El Señor reina, la tierra goza*, dice el salmista. Cantemos este *Kyrie* para que el Señor reine. Si el Señor reina, nuestra tierra –eso que somos– ciertamente gozará.

Lo cautivador del canto gregoriano es que permite tocar nuestro origen y destino eternos, por eso la inmediata y común experiencia de los cantores y de los que escuchan, es la de la paz. No la que da el mundo, sino la paz pascual: *Pax vobis, Ego sum*.

Conclusión

Estas breves aproximaciones al *Kyrie VIII* y al espíritu que lo invade, no pretenden sino animar a los fieles cristianos a mirar el canto gregoriano no como un canto complejo e impenetrable, reservado a unos pocos, sino a considerarlo simple, natural y familiar, como lo son las huellas divinas que llevamos dentro. El trabajo que exige aprenderlo es el mismo que necesita realizar el hombre de hoy para recuperar el sentido de lo simple, puro y bello.

Si nuestra época moderna nos ha hecho olvidar la virtud de la gratuidad y la dulzura, nada más adecuado a nuestro ser, herido y sediento, que este camino espacioso y dilatante de la alabanza. A medida que los hombres se ejercitan en ella, aprenden a mirarse en el pensamiento de Dios. Porque no se trata sólo de cantar, sino de saber quiénes somos y a

dónde vamos, se trata de devenir capaces de escuchar la verdad sobre Dios y sobre nosotros mismos.

Decía el poeta Paul Claudel: *“En la paz, el sufrimiento y el gozo entran por partes iguales”*. Nosotros, amasados día a día por penas y deseos, hallamos la unidad de nuestro ser más verdadero en este elevar la mirada, mientras la voz del corazón se aplica a la actividad que realizaremos eternamente: la alabanza.

*Monasterio Nuestra Señora del Paraná
E3114XAI Aldea María Luisa
Argentina*